

Christine Palluy

Yo leo, yo investigo

Sophie Leullier

Miss Agatha

DESAPARICIÓN EN PARÍS



LAROUSSE





Glara

Jeanne

La familia Christie

A **miss Agatha**, una niña inglesa resuelta y avispada, le encanta dirigir y resolver investigaciones policiales.

Su hermano mayor, **Archibald**, un amante de los grandes inventos de su época, la acompaña gustosamente en sus peripecias.

Max, el pequeño acróbata huérfano acogido por la familia Christie (ver volumen 1), pone todas sus ganas en seguir y ayudar a sus dos amigos mayores.

Glara Christie, la madre de Agatha y Archibald, es una joven viuda rica y moderna que cree en las virtudes educativas de los viajes.

Jeanne, la institutriz francesa encargada de la educación de los niños, centra sus esfuerzos en mantener, mal que bien, la disciplina y las buenas maneras de su pequeño equipo de investigadores.

Un largo viaje

La familia de Agatha emprende un largo viaje a través de la Europa de la Belle Époque. Los Christie parten de Londres para permanecer varias semanas en París. Allí descubrirán la ciudad, visitarán la Exposición Universal y subirán a bordo del tren de los reyes, el Orient Express. Tras hacer escala en Viena y desviarse a Venecia, continuarán su periplo hacia Constantinopla.

Londres

París

Venecia





Viena

Constantinopla





1



Próximo destino: París

Miss Agatha posó su flamante maleta nueva de color verde oscuro en la entrada de su bonita casa londinense. En la calle, el sol de junio brillaba con gran intensidad.

—¡Qué contenta estoy de que vayamos a hacer un viaje largo! —canturreó la niña al ritmo de unos pasos de baile—. Cruzaremos el mar y cortaremos el viento en tren. ¡Daremos la vuelta al mundo!

Su hermano Archibald se moría de la risa mientras colocaba su maleta verde claro detrás de los lujosos baúles de su madre. Los dos baú-

les de cuero rojizo protegían los vestidos de seda, los elegantes conjuntos y los sombreros floreados que Clara quería llevarse a París.

La sólida caja de madera encerada de miss Jeanne completó sin dilación el cuadro. La institutriz francesa había metido en la caja su colección de libros, tres faldas oscuras y varias blusas blancas. Por último, Max, el pequeño acróbata huérfano que los Christie habían recogido de la calle, dejó su bolsa al lado de la jaula de Goldy. El niño empezó a dar botes delante del pájaro amaestrado.

—¡Dicen que en París hay una torre más alta que las nubes! —le dijo al pájaro—. ¡A lo mejor te dejan volar alrededor!

Clara, que por lo general era muy paciente, caminaba de un lado para el otro recorriendo la entrada.

—Charlotte, ¿está usted segura de que el cochero pasará a recogernos a las nueve? —pre-

guntó de repente—. Me temo que el tren no espera a los que llegan tarde.

—¡Por supuesto, señora! —respondió la cocinera restregándose las manos por el delantal—. No se preocupe, ese hombre es más puntual que un reloj. Además, el muchacho se lo ha recordado esta mañana.

Clara miró al amigo de Max con cara de satisfacción.

—Nuestro Jack vale mucho. Me alegro de que se quede conmigo cuidando de la casa.

De pronto, el timbre sonó en la entrada. En ese mismo instante, el reloj de péndulo del salón dio nueve pequeños toques.

El cochero, su aprendiz y Jack cargaron el equipaje en una carreta tirada por un caballo mientras los cinco aventureros se montaban en el coche de punto.

A medida que subía, Agatha se estremecía.

—¡Mecachis! ¡Se me ha olvidado una cosa muy muy muy importante! —exclamó bajándose del coche de un salto.

—¡Dese prisa, pequeña despistada! —la reprendió Jeanne, que estaba tan nerviosa como lady Christie.

Agatha no tardó en volver al coche con una bolsita de terciopelo entre las manos. Orgullosa, sacó de la bolsa una guía de viaje y el preciado libro de su padre sobre investigaciones de detectives famosos. Con un gesto de complicidad, susurró a los dos chicos:

—Quizás en Francia tengamos que resolver algún enigma.

Tras despedirse de Charlotte y Jack, los viajeros pusieron rumbo por fin a la estación de tren Victoria Station.

En el andén, todo era sorprendente para Max: el olor a hierro, los hombres que cargaban las maletas de los pasajeros en carretillas, el espe-

sor del humo, la algarabía incesante y el viento impetuoso. Pero fue después de la salida del tren cuando de verdad se sorprendió. Por la ventanilla, el paisaje cambiaba mil veces más rápido que en el coche de caballos, y la locomotora se metía aullando en agujeros de noche.

—Tendrás que acostumbrarte. Desde Londres hasta el mar, tenemos que pasar por seis túneles —le dijo Archibald entre risas al ver cómo abría los ojos el pequeño Max.

En Douvres, los Christie subieron a bordo de un gran barco de vapor. Acomodados en los mullidos sillones del salón, fueron sintiendo el vaivén de las olas desde el principio de la travesía.

—Mamá, ¿sabes que los franceses y los ingleses tienen, desde hace mucho tiempo, el plan de construir un túnel por debajo del canal de la Mancha? —preguntó Archibald.

—Sí, ese proyecto tiene más de cien años —le respondió Clara—. Ya empezaron a construirlo

hace unos quince años, pero las obras se paralizaron, ¿verdad, miss Jeanne?

La institutriz, pálida y con la mirada perdida, guardaba silencio. Agatha levantó un dedo para anunciar con aires de sabiduría:

—Miss Jeanne, será mejor que se tumbe. En mi guía, aconsejan a las damas quedarse tumbadas durante la travesía, y a los caballeros, quedarse de pie con la mirada fija en el horizonte desde la cubierta del barco.

En ese momento, frunció el ceño y dejó de leer.

—Mamá, ¿los hombres y las mujeres no se marean igual?

Clara sonrió al ver la reacción de su hija ante tal absurdez.

—Tienes razón, los caballeros sienten el mismo malestar que las damas, pero creen que nosotras somos más delicadas —le respondió su madre.

—¡Qué tontería! Si no rectifican, las mujeres del nuevo siglo van a terminar rebelándose —exclamó Agatha—. Bueno, ¿quién se viene a la cubierta a fijar la mirada en el horizonte?

Jeanne se negó a moverse. Clara y los chicos siguieron a la joven feminista a tomar el aire y el relente.

—Antes del nacimiento de Archibald, vuestro padre y yo cruzamos el océano Atlántico para visitar a su familia estadounidense —relató Clara—. Veinte días de olas hasta Nueva York. ¡Fue toda una aventura!

Agatha suspiró.

—Papá está ahora en el cielo... Me pregunto si nos verá.

Max el huérfano siguió con tristeza la mirada de su amiga. Sus pensamientos fueron interrumpidos por las risas de las gaviotas.

—¿Y ellas? ¿Cuánto tiempo tardan en completar la travesía? —preguntó Max.

Sin mediar respuesta, Archibald dejó escapar un grito:

—¡Goldy! ¡He olvidado coger su jaula después de tomar el té!

Los tres niños bajaron a toda prisa las escaleras y trataron de mantener el equilibrio en su carrera hasta el bar.

Allí los recibió el pájaro piando con bastante indignación.

—Lo siento, Goldy —se disculpó Archibald descolgando la jaula—. Te llevaré a hacerle compañía a la pobre miss Jeanne.

Las horas pasaban. Tras una larga espera en la aduana y un segundo trayecto en tren, los Christie llegaron polvorientos y cansados a una estación de tren parisina.

—¡Hemos completado el viaje desde Londres en solo siete horas! —exclamó Archibald reloj en mano—. Hemos tenido suerte. Normalmente siempre hay alguna avería.

El cielo de París estaba muy azul en las horas finales de aquella tarde. Clara pidió que les dejaran las maletas en la recepción de su hotel.

—¿Y si vamos al Grand Hôtel en autobús a motor para poder ver París desde la planta superior? —propuso Agatha—. Viene como sugerencia en mi guía.

La idea de la chica fue acogida por Max con risas y aplausos.

—Ya que le he ensañado a hablar francés, querida Agatha, le propongo que le pida usted misma los billetes al chófer —dijo miss Jeanne emocionada.

Tras pasear por avenidas repletas de coches a motor y coches de caballos que circulaban sin orden ni concierto, el autobús se detuvo delante de la Ópera Garnier, cuyos carteles anunciaban el famoso ballet ruso de *La bella durmiente*.

—¡Anda! El coreógrafo se llama Marius Petipa, que es como apellidarse «Pasito». ¡Qué nom-

bre tan gracioso para un bailarín! —comentó Archibald.

Por fin, los cinco miembros del clan Christie hicieron su entrada en el vestíbulo del Grand Hôtel.

En voz baja, Agatha les leyó su guía a los chicos:

—¡Es el hotel más grande del mundo! Tiene ochocientas habitaciones en cinco plantas. Marajás, sultanes y reinas se alojan aquí.

—¡Imaginaos cuántos ladrones habrá aquí por desenmascarar! —gritó Max con gran entusiasmo—. ¡Nos vamos a poner las botas!

Jeanne le mandó callar. El encargado del hotel, impassible, dio la bienvenida a sus clientes.

—Lady Christie, ha reservado para un mes una suite de dos habitaciones para sus hijos y para usted, además de una habitación para su institutriz y el joven Max —dijo.

—Así es —respondió Clara en francés.

El hombre le entregó las llaves a un botones vestido de rojo que saludó a Clara.

—Señora, sus maletas acaban de llegar al vestíbulo —la informó—. Sin embargo, una de ellas ha perdido la etiqueta durante el viaje. ¿Podría precisarme en qué habitación debo dejarla?

ENIGMA N.º 1

¿A quién pertenece la maleta sin nombre?



Agatha reconoció de inmediato su nueva maleta de color verde oscuro y le pidió al joven botones en un esmerado francés que la subiera a la suite. Miss Jeanne la felicitó por haber tomado la iniciativa. Unos minutos más tarde, los cinco viajeros agotados pudieron, por fin, asearse y descansar mientras Goldy revoloteaba a sus anchas entre las dos habitaciones de sus dueños. Archibald, menos cansado que el resto, inspeccionó la suite de cabo a rabo. Estaba fascinado por tanta modernidad.



—¿Hay un teléfono en cada habitación?
—preguntó Archibald señalando un aparato de
cuero y madera encerada.

Clara afirmó sonriendo y llamó a recepción:

—Por favor, sírvannos cinco cenas ligeras,
tres en la suite 425 y dos en la habitación 58
—ordenó al recepcionista—. Estamos cansados
y no bajaremos al restaurante esta noche.

